



Doña Clío

Historia, 31/05/2012

DOÑA CLÍO

Vicente Adelantado Soriano

Guardábame yo de decirle [a la Historia] que predicaba para gentes que aún tardarían un rato en nacer.

Benito Pérez Galdós, *La primera república*.

La Historia es, o era, una asignatura que se impartía antes en estos reinos, y en otros sistemas educativos ya abandonados. Servía, en algunos casos, para conocer el propio país, sus gentes, sus avatares, movimientos, logros y fracasos. Por supuesto había, y hay, libros de texto tendenciosos, dispuestos a cantar las glorias presentes, pasadas y futuras, y a obviar aquello que al poder del momento no le interesara. Así, y tal vez fuera interesante hacerlo, se podría escribir la historia de un país describiendo los libros de texto que se han utilizado en las aulas a través de los años.

Había también, y los hay, profesores dispuestos a seguir el juego al poder, pues estaba, por encima de todo, su vanidad, las prebendas, su posición social, y todos los espejismos que uno se pueda imaginar, dispensados por el dueño y señor del cotarro, es decir por quien ejerce el poder. Estos profesores, y periodistas, en la jerga popular son conocidos con el nombre de “estómagos agradecidos.” Pese a todo, hoy ni en la ESO ni el bachillerato hay ni Historia, ni historia del arte, ni, profesores que se vendan por defender a los cristianos viejos contra los moriscos, ni prácticamente nada de nada. No hay ni siquiera literatura.

Resulta descorazonador, al respecto, hacer una salida didáctica por la ciudad, que un monitor pregunte a un grupo de alumnos si saben de qué estilo es la catedral de su ciudad, y estos, mirando hacia todos los lados, no sepan qué es el gótico, ni el románico, ni un arco, ni un capitel, ni un pilar. Ignoran también, por supuesto, quién fue el Cid, Azaña, Fernando VII o Napoleón. Lo ignoran todo. Y no es eso lo grave. Lo grave es, pareja a su ignorancia, su total carencia de sentido crítico, y su complacencia con la situación. Sabido es que una persona puede no haber pasado por las aulas, y no por eso estar falta de cultura, entendiendo por esta tener unos principios, un criterio y unos puntos de vista que permiten distinguir el plomo de la plata. Eso que se llama sentido común.

Actualmente la Historia, la que puede servir para formarnos una idea, crítica si el posible, de nuestro país, ha sido

prácticamente suprimida. Carecemos así de perspectiva ante los hechos que van sucediendo día a día. Esa ignorancia la aprovechan, bastante bien, pese a lo burdo de sus razonamientos, y a lo bronco de sus posturas, algunos señores reunidos en torno a una mesa, una tertulia, llamados periodistas o más inadecuadamente si cabe, tertulianos. Algunos de estos mal llamados periodistas han clamado al cielo, por ejemplo, cuando un médico ha provocado un aborto recordándoles el juramento Hipocrático, y algunas cosas más. En la facultad de periodismo al parecer nunca se han hecho juramentos de ninguna clase. Se ha hablado, eso sí, de la objetividad, transparencia y demás. Pero de todos es conocido que la objetividad como tal no existe. ¿Para qué andarnos, pues, con tonterías? Si Zola se permitió definir el Naturalismo como un rincón del mundo visto a través de un temperamento, se podría definir una buena parte del periodismo actual diciendo que es lo que acontece en la rúa visto a través de unas fobias, de unas manías, y de unos intereses rara vez confesados.

Las manías y los odios sirven para cerrar puertas, para negar aquello que nos incomoda y evitarnos, así, tener que comprenderlo. Odiar al otro, negarlo, supone no reconocerle ninguna parte de razón en el mejor de los casos, y llevarlo ante el paredón de fusilamiento en el peor. Una buena misión tanto para la historia como para el periodismo podría ser la de tratar de explicar, entender y comprender lo que que acontece, y hacerlo con una cierta objetividad, *sine ira et studio*, sin encono ni parcialidad. Tal vez esto sea pedir cotufas en el golfo.

Sin darles la razón a unos, ni quitársela a los otros, leyendo, que no se leen, los Episodios nacionales, de Pérez Galdós, termina uno por asquearse de tanta guerra, tanta matanza, tanto fusilamiento y tanto inútil sufrimiento. ¿Y para qué? ¿Qué hemos logrado? Responder a esta pregunta nos podría llevar a un largo ensayo y, tal vez, a una interminable discusión. Lo que no hemos logrado los españoles, ni parece que lo vayamos a lograr nunca, es el sentido de nación, de colaboración y solidaridad entre todos, de una idea o un ideal común a todos sea cual sea la ideología y el pueblo de cada uno. Aquí, como sucede con los tejidos viejos, en cuanto estalla una pequeña crisis surgen aires de independencia por todos los costados. Es el deshilachado, el sálvese quién pueda, alentado por los propios políticos, sus gobiernos ya sus autonomías. Las redes clientelares y el nepotismo. Todo esto, autonomías, nepotismo y corrupción, excesiva burocracia en fin, nos ha llevado a una espantosa crisis en la que, igual que en la Edad Media, unos pocos estamos alimentando a unos muchos. Esos muchos han formado una verdadera casta a la que todo le está permitido.

Lo más gracioso de todo es que, pese a robar y estafar, la gente los sigue votando. No sabemos si por ignorancia, por masoquismo o por aquello de “yo, en su caso, haría lo mismo”. Con mentalidades así de nada sirve estudiar Historia. O esta, como dice don Benito, habla para gente que todavía no ha nacido. Sí, por desgracia el heredero directo de los Episodios es el libro de Manuel Chaves Nogales A sangre y fuego. Esperemos que también sea su final. En caso contrario, que el Señor nos coja confesados.